

sentimiento mezcla de terror, compasión y curiosidad. Aun cuando Popinot había recibido buena educación, las costumbres de sus parientes, sus ideas, los cuidados asiduos de una tienda y de una caja modificaron su inteligencia doblegándola á los usos y costumbres de su profesión, fenómeno que se puede observar notando las metamorfosis variadas que ofrecen en el trascurso de diez años cien compañeros muy semejantes al salir del colegio. Andoquio tradujo aquel encogimiento por una profunda admiración.

— Pues bien ; antes de comer, abordemos el asunto del prospecto, para beber luego descuidados, insinuó Gaudissart. Con el estómago lleno, la lengua está muy torpe.

— Señor, dijo Popinot, un prospecto puede ser base de una fortuna.

— Para los plébeyos como yo, dijo Andoquio, la fortuna no es más que un prospecto.

— ¡ Ah, muy gracioso ! dijo Gaudissart. Este far-
sante de Andoquio tiene ingenio como cuarenta.

— ¡ Como ciento ! añadió Popinot.

El impaciente Gaudissart, apoderándose del manuscrito, leyó en alta voz con énfasis : « ¡ ACEITE CEFÁLICO ! »

— Preferiría llamarlo *aceite cesarino*, dijo Popinot.

— Amigo mío, dijo Gaudissart, no conoces el público de provincias : hay una operación quirúrgica á la cual se da ese nombre, y son tan bestias que creerían que tu aceite era á propósito para facilitar

los partos ; sería difícil hacerles comprender que se trata de la cabeza.

— Sin propósito de mantener el nombre, dijo el autor, os advierto que *aceite cefálico* es como decir aceite para la cabeza, y resume vuestras intenciones.

— Veamos, dijo Popinot impaciente.

Ahí va el prospecto como, aun hoy, el comercio los recibe á millares. (*Otro documento justificativo*).

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE 1824

ACEITE CEFÁLICO

Con patentes de invención y de perfeccionamiento.

Ningún cosmético puede hacer crecer el pelo, así como ninguna preparación química puede tenerlo sin riesgo para el órgano donde reside la inteligencia. La ciencia ha declarado recientemente que los cabellos eran una substancia muerta, y que no hay agente capaz de evitar que se caigan ó encanezcan. Para prevenir la xeracia y la calvicie, basta preservar de toda influencia atmosférica el bulbo productor y conservar en la cabeza la temperatura conveniente. El *aceite cefálico*, basado en estos principios establecidos por la Academia de ciencias, produce este importante resultado, conocido ya por los antiguos, romanos, griegos y naciones del Norte, gentes de cabellera preciosa.

Sabias investigaciones demuestran que los aristócratas antiguos, notables por sus largas cabelleras, no empleaban otra cosa ; pero su procedimiento, hábilmente reconstruido por *A. Popinot*, inventor del *aceite cefálico*, se había olvidado.

Conservar, y no esforzarse para producir un estímulo

estéril ó dañino en la dermis que contiene los bulbos, es el objeto del *aceite cefálico*. Este aceite, que se opone á la exfoliación de las películas, que exhala un olor suave, por las substancias de que está compuesto, entre las cuales figura como principal elemento la esencia de avellana, preserva de toda acción del aire sobre las cabezas, evitando también los catarros, las corizas y todas las afecciones dolorosas del encéfalo, conservando su temperatura interior. De esta manera, los bulbos que contienen los jugos generadores de los cabellos no son jamás heridos ni por el frío ni por el calor. La cabellera, ese producto magnífico al cual hombres y mujeres conceden tanta importancia, conserva perfectamente, hasta la edad avanzada de las personas que usan el *aceite cefálico*, la brillantez, la finura, el lustre que hacen tan encantadoras las cabezas de los niños.

La manera de usarlo acompaña á cada frasco, y va envolviéndolo.

MANERA DE USAR EL ACEITE CEFÁLICO

Es completamente inútil untarse mucho los cabellos; no es solamente una preocupación ridícula, sino también una costumbre molesta, toda vez que el cosmético deja huella en todas partes. Basta empapar todas las mañanas una esponjita fina en el aceite, sujetar con un peine los cabellos, impregnar las raíces de los mismos, de raya en raya, de manera que la piel retenga una ligera capa de aceite, después de haber limpiado previamente la cabeza con el cepillo y el peine.

Este aceite se vende en frascos firmados por el inventor para impedir falsificaciones, al precio de *tres francos*, en casa de *A. Popinot*, calle de los Cinco Diamantes, barrio de los Lombardos, en París.

Se suplica el franqueo en los pedidos.

Nota. — La casa *A. Popinot* tiene también otros productos, como esencia de azahar, aceites de aspic, de almendras dulces, de cacao, de café, de ricino y otros.

— Amigo mío, dijo el ilustre Gaudissart á Finot, está perfectamente redactado. ¡ Caramba! ¡ cómo abordamos las elevadas ciencias! Sin rodeos; vamos derechos al objeto. ¡ Ah! os felicito sinceramente; ahí tenéis una literatura útil.

— ¡ Qué delicioso prospecto! dijo Popinot entusiasmado.

— Un prospecto, cuya primera palabra desacredita el Macassar, dijo Gaudissart levantándose con un aire magistral para pronunciar las palabras siguientes, que iba desgranando entre ademanes parlamentarios: « No-se-hace-crecer-el-pelo. ¡ No-se-puede-teñir-sin-peligro! » ¡ Ah! ¡ oh! aquí está el éxito. La ciencia moderna está de acuerdo con las costumbres de los antiguos. Se puede convencer á los jóvenes y á los viejos. ¿ Se trata de un viejo? « ¡ Ah! ¡ oh! ¡ señor, los antiguos, los griegos, los romanos, tenían razón y no eran tan tontos como se quiere suponer! » ¿ Se trata de un joven? « ¡ Joven, otro descubrimiento debido á los progresos de la ciencia! ¡ progresamos! ¿ Quién no ha oído hablar del vapor, de los telégrafos y de otros muchos inventos? ¡ Este aceite es el resultado de un informe del señor Vauquelin! » Si reprodujéramos un fragmento del informe del señor Vauquelin en la Academia de Ciencias confirmando nuestros asertos, ¿ eh? ¡ Notable! ¡ Vamos, Finot, á la mesa! ¡ A comer! ¡ Destapemos el champagne en honor de los triunfos de nuestro joven amigo!

— He pensado, dijo el autor modestamente, que la época del prospecto ligero y jugueteón ha pasado;

entramos en el período de la ciencia; se necesita una forma doctoral, un tono de autoridad para imponerse al público.

— Acreditaremos ese aceite. Ya los pies me bailan y la lengua me cosquillea... Corre que corre; habla que habla, ¡y el aceite prosperando! Tengo las comisiones de todos los que tratan en cabellos; ninguno da más del treinta por ciento; es indispensable ofrecer el cuarenta por ciento; respondo desde ahora de colocar cien mil frascos en seis meses. Abordaré las farmacias, tiendas de ultramarinos y peluquerías: con el cuarenta por ciento, todos untarán a sus clientes.

Los tres jóvenes comieron como leones, bebieron como suizos, y se embriagaron con el futuro éxito del *aceite cefálico*.

— Este aceite se sube á la cabeza, dijo Finot sonriendo.

Gaudissart agotó la serie de ingeniosos equívocos factibles con las palabras aceite, cabellos, cabeza, etc. Entre las risas homéricas de los tres amigos, á los postres, dominando los brindis y enhorabuenas, un aldabonazo resonó, y fué oído.

— ¡Debe ser mi tío! Es capaz de venir á verme, exclamó Popinot.

— ¿Un tío? dijo Finot. ¡Y no tenemos vaso!

— El tío de mi amigo Popinot es un juez de instrucción, dijo Gaudissart á Finot: ni asomo de chanzas con él, ¿oyes? le debo la vida. ¡Oh! ¡cuando un hombre se ha visto en trance tan doloroso como yo me vi, abocado á la guillotina donde un *rist* pudo

dejarme sin pelo — y procuraba imitar con ademanes el paso de la feroz cuchilla — no se olvida fácilmente al virtuoso magistrado á quien se debe la conservación de la canal por donde pasa el vino de Champagne! Hasta borracho perdido, hace una memoria. No sabéis, Andoquino, si necesitaréis al señor Popinot; ¡Caramba! es preciso rezarle y hasta ponerle unas velas, como á los santos.

El virtuoso juez de instrucción preguntó, en efecto, á la portera, por su sobrino. Reconociendo la voz, Anselmo bajó con un candelero para alumbrar.

— Buenas noches, caballeros, dijo el magistrado.

El ilustre Gaudissart se inclinó respetuosamente. Finot examinó al juez con los ojos borrachos, y le pareció bastante zoquete.

— No tienes lujos, dijo el juez gravemente mirando al cuarto; pero, hijo mío, para llegar á ser algo es preciso empezar acostumbrándose á no ser nada.

— ¡Qué hombre tan sentencioso! dijo Gaudissart á Finot.

— Asunto para un artículo, dijo el periodista.

— ¡Ah! estabais aquí, señor mío, añadió el juez reconociendo al comisionista. ¿Qué hacéis aquí?

— Señor, quiero contribuir por todos los medios posibles á la fortuna de vuestro querido sobrino. Acabamos de aprobar el prospecto de su aceite, y este amigo que nos acompaña es el autor del prospecto, que nos parece una de las más bellas producciones de la literatura capilar.

El juez miró á Finot.

— Señor, dijo Gaudissart, es Andoquio Finot, uno de los jóvenes que se distinguen más en las letras; hace artículos de fondo y gacetillas teatrales en los diarios del gobierno: está en camino de ser ministro y autor cómico.

Finot tiró á Gaudissart del faldón de la levita.

— Bien, hijos míos, dijo el juez, á quien estas palabras explicaron el aspecto de la mesa donde se veían los restos de un festín muy justificado. Anselmo, dijo el juez á Popinot, vístete, iremos esta noche á casa del señor Birotteau, á quien debo una visita. Firmaréis vuestra escritura de asociación, que ya examiné cuidadosamente. Como tendréis la fábrica de vuestro aceite en los terrenos del arrabal del Temple, creo que debe hacerte un contrato de arrendamiento; las cosas en regla evitan discusiones. Estas paredes me parecen húmedas; Anselmo, cubrelas con esterilla de paja en el rincón donde pongas tu cama.

— Dispensadme, señor juez de instrucción, dijo Gaudissart con la astucia de un cortesano; lo hemos empapelado nosotros mismos hoy, y... el papel... no se ha... secado... aún.

— ¡ Mucha economía en todo! Me agrada, repuso el juez.

— Escuchad, dijo Gaudissart al oído de Finot; mi amigo Popinot es un joven muy virtuoso, va con su tío; vayamos nosotros á casa de nuestras... primas.

El periodista puso del revés los bolsillos de su chaleco. Popinot deslizó veinte francos al autor de

su prospecto. El juez tenía un coche al extremo de la calle, y fué con su sobrino á casa de Birotteau. Pillereault, los señores Ragon y Roguin, jugaban al *boston*, y Cesarina bordaba una pañoleta, cuando llegaron el juez Popinot y Anselmo. Roguin, sentado frente á la señora Ragon, junto á la cual estaba Cesarina, notó la alegría de la joven al ver entrar á Anselmo, y por señas indicó á su primer pasante los rubores de la muchacha.

— ¿Será, pues, el día de los contratos? dijo el perfumista, cuando después de saludar, el juez le indicó el objeto de su visita.

César, Anselmo y el juez subieron al segundo piso, á la habitación provisional del perfumista para discutir el contrato de arrendamiento y la escritura de asociación redactada por el magistrado. El arrendamiento se hizo por diez y ocho años, á fin de concordarlo con el de la calle de los Cinco Diamantes, circunstancia en apariencia insignificante, pero que más tarde favoreció los intereses de Birotteau. Cuando César y el juez volvieron al entresuelo, el magistrado, advertido ya del desorden general y de la presencia de los obreros en domingo en casa de un hombre tan religioso como el perfumista, preguntó los motivos: el perfumista no deseaba otra cosa.

— Aunque no seais mundano, señor, no os parecerá mal que celebremos la redención del territorio. Pero, hay más. Reuniré algunos amigos para festejar también mi nombramiento en la orden de la Legión de honor.

— ¡ Ah! exclamó el juez, que no estaba condecorado.

— Tal vez me hice digno á este insigne y real favor perteneciendo al tribunal consular... ¡ oh! y combatiendo por los Borbones en la jornada...

— Sí, dijo el juez.

— ... de San Roque, el 13 vendimiario, donde me hirió Napoleón.

— Me parece bien, dijo el juez. Si mi esposa está para entonces aliviada, la traeré.

— Alejandro, dijo Roguin á su pasante en la puerta, no pienses de ningún modo en casarte con Cesarina, y dentro de mes y medio sabrás que te aconsejo bien.

— ¿ Por qué? dijo Crottat.

— Birotteau, amigo mío, gasta cien mil francos en su baile, arriesga su fortuna en ese negocio de los terrenos, á pesar de mis consejos. Antes de mes y medio esta familia no tendrá que comer. Cásate con la señorita Lourdois, la hija del pintor decorador, que tiene trescientos mil francos de dote; te preparo el asunto. Si me entregas cien mil francos al contado por la compra de mi estudio, es cosa hecha; mañana queda todo resuelto.

Las magnificencias del baile que preparaba el perfumista, pregonadas por los diarios á toda Europa, eran de muy distinto modo repetidas en el comercio por los rumores á los que daban margen los trabajos de día y de noche. Unos decían que César había alquilado tres casas; otros, que hacía dorar sus salones; éstos, que la cena se compondría

de platos inventados expresamente para el festín; aquéllos, que los comerciantes no serían invitados; que la fiesta se daba únicamente para los políticos; y no faltó quién criticase al perfumista severamente por su ambición, y se mofara de sus pretensiones políticas, negando hasta que le hubiesen herido. El baile engendraba más de una intriga en el segundo distrito; los amigos estaban satisfechos, pero las exigencias de los que sólo tenían con la casa un trato superficial eran enormes. Todo favor posible es un semillero de cortesanos. Hubo muchas personas á quienes la invitación costó bastantes pasos.

Los Birotteau estaban estupefactos del número de sus amigos á los cuales ni siquiera conocían. Estas ansias asustaron á la señora Birotteau; su expresión era cada vez más triste, á medida que se acercaba el día solemne. Desde luego confesó á César que ignoraba cuál debía ser en aquellas circunstancias su actitud, aterrada con las innumerables atenciones de la fiesta; ¿ dónde buscar la plata, la cristalería, los refrescos, la vajilla, el servicio? ¿ Y quién atendería luego á todo? Rogó á Birotteau que tuviese cuidado de la puerta, y que sólo dejara entrar á los invitados; había oído contar cosas muy extrañas de gentes que acudían á los bailes burgueses, llamándose amigos de personas á las que ni siquiera conocían. Cuando con más de una semana de anticipación Braschon, Grindot, Lourdois y Chaffaroux, el contratista de albañilería, hubieron asegurado que las habitaciones estarían

disponibles para el célebre domingo 17 de diciembre, hubo una conferencia muy graciosa, por la noche, después de comer, en el modesto saloncito del entresuelo, entre César, su mujer y su hija, dispuestos á formar la lista de los invitados y extender la invitación que, desde por la mañana, estaba impresa en presiosa cursiva, de carácter inglés y sobre papel rosa, redactada con arreglo al formulario de la cortesía pueril y atenta.

— ¡Ah, cuidado, que no se nos olvide nadie! dijo Birotteau.

— Si olvidamos alguno, dijo Constanza, ya nos lo recordará él mismo. La señora Derville, que nunca nos ha visitado, vino ayer por la tarde muy peripuesta.

— Muy elegante, dijo Cesarina, me gustó.

— Sin embargo, antes de su matrimonio era menos aún que yo, dijo Constanza; cosía ropa blanca, en la calle Montmartre; ha hecho camisas á tu padre.

— Bien, principiemos la lista, dijo Birotteau, por las personas más encopetadas. Escribe, Cesarina: señores duques de Lenoncourt...

— ¡Dios mío! César, dijo Constanza, no envíes invitaciones á las personas que sólo conoces como parroquianos. ¿Piensas invitar á la princesa de Blamont-Chauvry, parienta más cercana de tu difunta madrina, la marquesa de Uxelles, que el duque de Lenoncourt? ¿Invitarías á los señores de Vandenesse, al señor de Marsay, al señor de Ronquerolles, al señor de Aiglemont, que también son

parroquianos de tu casa? Estás loco; las grandezas te trastornan la cabeza...

— Bueno, pero al señor conde de Fontaine y á su familia, sí. ¡Caramba! ese venía con el nombre de *Gran Jacobo*, de igual manera que se llamaba *el Mozo* el señor marqués de Montauran y el señor de la Billardière, que se llamaba *el nantes* cuando conspiraban en *la Reina de las Rosas*, antes del gran acontecimiento del 13 vendimiario. ¡Qué apretones de de manos entonces, diciéndome: « Valor, querido Birotteau, arriesgad la vida, como nosotros, por defender la buena causa! » Somos antiguos compañeros de conspiración.

— Ponle, dijo Constanza. Si el señor de la Billardière y su hijo vienen, al menos que tengan con quien hablar.

— Escribe, Cesarina, dijo Birotteau. Primero: el señor prefecto del Sena; vendrá ó no vendrá, pero es el jefe de la corporación municipal: *á cada uno lo suyo*. El señor de la Billardière y su hijo el alcalde. Pon, al margen, el número de invitados que lleva cada invitación. Mi colega el señor Granet, concejal, y señora. Es muy fea, pero no hay remedio; hay cosas de que no se puede prescindir. El señor Curel, el platero, coronel de la guardia nacional, señora é hijas. Ya están las autoridades; ahora, los personajes de importancia. Señores condes de Fontaine y su hija la señorita Emilia.

— Una impertinente que me hace salir de mi tienda por no bajarse del coche, y me tiene junto á la portezuela, en todo tiempo, dijo la señora Bi-

rotteau. Si viene, será para burlarse de nosotros.

— Siendo así, es posible que venga, dijo César, que, á todo trance, quería tener gente. Continúa, Cesarina. Señores condes de Granville, mi casero y el personaje más notable de la corte, como dice Derville. ¡A propósito! El señor de la Billardière ha conseguido que mañana me ponga las insignias de la orden el mismo señor conde de Lacépède. Sería conveniente mandar una invitación para el baile y para la comida al gran canciller. Señor Vauquelin. Pon baile y comida, Cesarina. Y para que no se olviden, á todos los Chiffreville y á los Protez. Señores de Popinot, juez del tribunal del Sena. Señores de Thirion, ujier de la cámara real, amigos de los de Ragon, é hija, que va, según dicen, á casarse con uno de los hijos del primer matrimonio del señor Camusot.

— César, no te olvides del joven Horacio Bianchon, sobrino del señor Popinot y primo de Anselmo, dijo Constanza.

— ¡Ah! ¡todo previsto! Cesarina puso, acertadamente, *un cuatro* junto al nombre del señor Popinot. Señor de Roubourdin, uno de los jefes de negociado á las órdenes del señor de la Billardière. Señor Cochin, del mismo ministerio, señora é hijo, los consocios de los Matifat. Señores y señorita de Matifat, puesto que los he nombrado.

— Los Matifat, dijo Cesarina, han recomendado con insistencia que tuviésemos presentes á los señores Colleville, á los señores de Thuillier y á los Saillard.

— Veremos, dijo César. Nuestro agente de Bolsa, Julio Desmarests, y señora.

— ¡Será la más bella del baile! dijo Cesarina. Me gusta, ¡oh! ¡me gusta más que todas!

— Derville y su mujer.

— Pon ya los señores Coquelin, sucesores de mi tío Pillereault, dijo Constanza. Confiam tanto en ser invitados, que la pobre mujer ha encargado á la modista un soberbio traje de baile, sobrefalda de raso blanco, falda de tul bordado con flores. Si se descuida, se hace un vestido de corte. Si no los invitamos, tendremos en ellos unos enemigos rabiosos.

— Ponlos, Cesarina; debemos honrar al comercio, pertenecemos á él. Señores Roguin.

— Mamá, la señora Roguin se pondrá su diadema, todos sus diamantes y su falda de encaje.

— Señores de Lebas, dijo César. Señor presidente del tribunal de comercio, señora é hijas. Se me olvidó, ponerlo entre las autoridades. Señores de Lourdois é hija. Señor Claparon, banquero. De Tillet, Grindot, Molineux, Pillereault y su casero. Señores de Camusot, los grandes almancenistas de seda, é hijos, todos, el de la Escuela politécnica y el abogado, que pronto será juez, gracias á su casamiento con la señorita Thirion.

— Pero en una provincia, dijo Cesarina.

— Señor Cardot, suegro de Camusot, é hijos; ¡Calla! También los Guillaume, calle del Palomar; el suegro de Lebas, dos ancianos, figuras decorativas. Alejandro Crottat; Celestino...

— Papá, no olvides al señor Finot y al señor Gaudissart, dos jóvenes que son muy útiles á Popinot.

— ¡ Gaudissart! *Estuvo procesado*. Pero no importa ; se va pronto y lleva la comisión de nuestro aceite... Inclúyelo. En cuanto al señor Finot, ¿ qué motivo hay ?

— Anselmo dice que será pronto un personaje ; tiene tanto ingenio como Voltaire.

— ¿ Un autor ? Son ateos todos.

— Invítale, papá ; en esta lista, los jóvenes que puedan bailar son muy escasos. Además, el magnífico prospecto de vuestro aceite es obra suya.

— Tiene confianza en nuestro aceite, dijo César, invítale, hijita mía.

— También invito á mis recomendados, dijo Cesarina.

— Señor Mitral, mi procurador. Señor Haudry, nuestro médico ; pura fórmula ; no vendrá.

— Vendrá con la golosina del juego, dijo Cesarina.

— ¡ Ah ! supongo, César, que invitaréis para la comida al señor cura Loraux.

— Escribí al señor cura, rogándole que no faltara, dijo César.

— ¡ Ah ! no hay que olvidarse de la cuñada de Lebas, la señora de Sommervieux, dijo Cesarina. ¡ Pobre mujer ! está muy enferma, se muere de pesadumbre ; nos lo ha dicho Lebas.

— Ved las consecuencias de casarse con artistas, exclamó el perfumista. Mira, tu madre tiene sueño,

se duerme, dijo muy bajo á su hija. ¡ Buenas noches ! Oye, dijo César á Cesarina, ¿ y el vestido de tu madre ?

— Sí ; estará todo á punto. Mamá piensa que le hacen un traje de crespón de la China como el mío ; la modista dice que no hace falta probárselo.

— ¿ Cuántos van á ser ? dijo César en alta voz viendo que despertaba su esposa.

— Ciento nueve, con los dependientes, dijo Cesarina.

— ¿ Dónde los meteremos á todos ? exclamó la señora Birotteau. ¡ Paciencia ! después del domingo, prosiguió ingenuamente, vendrá el lunes.

Todo es extraordinario entre personas que se encumbran en la esfera social. Ni la señora Birotteau, ni César, ni nadie de la casa podían entrar bajo ningún pretexto en el primer piso. César había prometido á Raguét, su mozo de almacén, un traje nuevo para el día del baile, esperando que fuese un buen centinela que cumpliera bien la consigna. Birotteau, como el emperador Napoleón en Compiègne, cuando hizo restaurar el castillo para celebrar allí su matrimonio con María Luisa de Austria, no quería ver nada parcialmente, quería *gozar de la sorpresa*. Estos dos antiguos adversarios se aproximaban una vez más, inadvertidamente, no ya en el campo de batalla, sino en el terreno de las vanidades burguesas. El señor Grindot se había comprometido á prepararlo todo, y, llegada la hora, enseñar á Birotteau su casa, como enseña un cicerone una galería de pinturas á un curioso. Todos los de la casa

habían preparado alguna *sorpresa*. Cesarina empleó sus economías, cien luises, en comprar libros á su padre. El señor Grindot le había revelado, en secreto, que pensaba poner dos armarios para libros en el aposento de César, convertido en gabinete: una sorpresa del arquitecto. Cesarina gastó su caudal en casa de un librero para ofrecer á su padre las obras de Bossuet, Racine, Voltaire, Juan Jacobo Rousseau, Montesquieu, Molière, Buffon, Fenelon, Delille, de Saint-Pierre, La Fontaine, Corneille, Pascal, La Harpe, en una palabra, la biblioteca vulgar que tiene todo el mundo y que César no leería jamás. La cuenta de las encuadernaciones amenazaba ser terrible. Thouvenin, el inexacto y famoso encuadernador, un artista, estaba comprometido á entregar los volúmenes el 18 al medio día. Cesarina confió á su tío Pillereault este secreto, y el buen señor dijo que pagaría las encuadernaciones. La sorpresa de César á su mujer era un vestido de terciopelo rojo guarnecido con blondas. La sorpresa de la señora Birotteau al nuevo caballero consistía en un par de hebillas de oro, y alfiler de cortaba con un solitario. En fin, había para toda la familia la sorpresa de las habitaciones á la cual debía seguir, durante dos semanas, la no menor de las cuentas.

César pensó muy despacio qué invitaciones debían hacerse personalmente, y cuáles podría repartir Raguét, por la tarde. Tomó un coche y se metió en él con su mujer, desfigurada por un sombrero adornado con plumas, y un chal comprado para esta

ocasión, la cachemira tan deseada durante quince años. Los perfumistas hicieron veintidós visitas.

César había evitado á su mujer las dificultades que presentaba el servicio y la confección casera de los diferentes manjares exigidos para el esplendor del festín. Chevet y Birotteau se convinieron diplomáticamente. Chevet llevaría un magnífico servicio de plata que rentaba tanto como una buena finca, encargándose también de la comida, de los vinos, de los criados, dirigidos por un jefe de comedor de buen aspecto, todos responsables de sus hechos y maneras. Chevet necesitaba la cocina y el comedor del entresuelo para establecer su cuartel general; no tenía que descuidarse para servir á veinte personas una comida á las seis de la tarde, y á la una de la mañana un magnífico ambigú á ciento veinte. Birotteau había encargado en el café de Foy los helados de frutas, servidos en finas porcelanas, cucharillas doradas y bandejas de plata. Tanrade, otra notabilidad, cuidaría de los refrescos.

— No te impacientes, dijo César á su mujer viéndola demasiado inquieta la antevíspera, Chevet, Tanrade y el del café de Foy ocuparán el entresuelo; Virginia vigilará en el segundo; mandaremos cerrar la tienda. A nosotros nos toca sólo el trabajo de saludar á los concurrentes.

El día 16, á las dos de la tarde, el señor de la Billardière fué á buscar á César para acompañarle á la cancillería de la Legión de honor, donde debía recibirle caballero el señor conde de Lacépède en unión de otros diez oficiales de la misma orden. El

